

XIV.

Riconoaldo, más que airado, ofendido por la indiferencia creciente de Cándida, continuaba consumiéndose para sus adentros, y buscaba la manera de vencerla ó de irritarla cuando ménos, haciéndose odiar descubiertamente, con tal de que ella dejase de portarse de aquel modo, y como si no se apercibiera de ello. Dice bien Leopardi á este propósito, que los hombres toleran el ódio y que tal vez se vanaglorian de él; pero al menor indicio ó sospecha que tengan de indiferencia, pocos son tan fuertes, que permanezcan inmóviles y no se entreguen por todos los medios á librarse de ella descendiendo aún si ocurre, á actos viles. Más que en otros, debía ser esto cierto en él, que además de la natural sospecha de ser mirado como una cabeza pequeña y un alma vacía, tenía la conciencia alzanera de su belleza, y apenas si se veía mirado por los demás.

Visto que también su tentativa oratoria había

fallado, se persuadió de lo que Iris le había dicho de Cándida; esto es, que ella, bajo apariencias modesta y lánguida, ocultaba orgullo y pretensiones; lo cual ocurre más á menudo en quien ménos derecho tiene y ménos lo manifiesta. Por esto pensó escojer otro camino, comenzando él también á hacerse el desdeñoso; pero Cándida cada vez estaba más indiferente, y tuvo que abandonar esta táctica; entonces se agrió su carácter y se fué más allá de lo debido; comenzó á zaherirla, hablando á su hermana con todo género de alusiones infantilmente malignas. Un día, llegó hasta este punto: Cándida estaba presente, y su hermana le preguntó por qué una cierta señora viuda, conocida suya, no se volvía á casar.

—¿Cómo quieres que se vuelva á casar aquella criatura de papel de estraza?—respondió Riconoaldo con los dientes apretados.—No advierte ella que no tiene marido; es una de aquellas mujeres que viven fuera de las leyes de la naturaleza; más bien, hablando con justicia, no es ni una mujer. Para merecer el nombre de mujer, no basta tener las formas de tal, es preciso tener el alma, los afectos, las tendencias; y una mujer que carece de todo esto, no lo es, como no lo son las muñecas, las mómias, las estatuas, ni aquellos maniqués vestidos que se ven en los escaparates.

Pero Cándida persistía; ni un acto de resentimiento, ni una señal de impaciencia; era indife-

rente é impasible como una piedra; y si alguna vez Iris, despechada tambien por aquellas maneras, añadía sus punzadas á las de su hermano, siendo una aliada formidable, no se alteraba. Riconovaldo, que se destrozaba los dedos de rábía y que cada vez estaba más aferrado á su propósito, aún intentó otro camino. Iba dulcificándose poco á poco, fingiendo arrepentirse, y arrepintiéndose de veras de su proceder descortés y mal intencionado hácia Cándida; y comenzó á hacerle la córte como él sabía hacerlo, con gracia y finura; primeramente, con timidez; luego, abiertamente, con suavidad, pero con entusiasmo; alguna vez suplicando. Pero Cándida no mostraba poner más atencion en su dulzura, que la que había puesto en su malignidad.

Riconovaldo, desesperado de no tener éxito, herido en lo más vivo de su amor propio, rabioso, quiso vengarse volviendo la cosa al revés; siguió haciendo la córte á Cándida, como se la habría hecho á una vieja de setenta años para divertir á unos cuantos amigos; mediando ciertas inclinaciones, ciertos acentos y ciertas formas empalagosas y grotescas, que le hubieran sentado muy bien á haber ido con zapato de hebilla y peluca empolvada. Al mismo tiempo, se echó á la espalda todos los preceptos de urbanidad de Tommaseo, de que en presencia de señoritas no deben tomarse actitudes incorrectas, ni tenderse con abandono

patricio, ni acercarse tanto, que sientan el hálito, y cosas semejantes. Pero Cándida siempre se inclinaba hácia atrás, ó torcía la cabeza, volviendo otras veces las espaldas, ó levantándose por fin para irse.

Un día le presentó un ramo de flores, marchitas y sin olor; esta vez frunció el entrecejo y se puso roja; pero luego se recompuso, y sin hacer ademán de desprecio ni de ira, tiró el ramo en un rincón.

Los días pasaban así, y Riconovaldo, cada vez más emperrado, no sin dejar de comprender de vez en cuando, cuando la pasión callaba, que era una injusticia por su parte, y que su conducta era pueril y villana. En estos momentos sentía por aquella pobre criatura un tal sentimiento de piedad, que casi estaba á punto de ir á pedirle perdón; pero luego que volvía á verla tan rígida y metida en sí, adios arrepentimiento; la bÍlis se levantaba más furiosa que nunca.

Algo más era esto que recrearse un poco á espensas de Cándida, con alguna sonrisa y cuatro palabras entusiastas, que es lo que se había propuesto al salir para la quinta.

Iris entretanto, continuaba metiendo ruido con Furio, todos los días, como aquella vez del paseo largo por el jardín. Habían logrado cierta intimidad; Furio se mostraba más desenvuelto, pero siempre de natural beatífico. Iris le manda-

ba lo mismo que á un paje, le encargaba mil menudencias de la casa, todo el dia le tenía en movimiento á su disposicion.—¡Furio!—gritaba; y enseguida se oía:—¡Allá voy!—pronunciado con alegría y buena voz, un movimiento precipitado, y Furio se presentaba delante de ella, jadeante y sudando. Cuanto más juntos vivían, Iris le encontraba más extraño, hasta el punto de que no sabía comprender ciertos cambios bruscos, de color y de génio; ella se divertía con todo esto; veía que en el fondo era bueno, cumplido, y no podía ménos de quererle. Pero tener que estar siempre á su lado, con aquella cara y aquellos ojos, con aquel dichoso vestido, con la libertad de maneras enteramente suyas, en el campo, era siempre un pesar.

XV.

Sobre la fachada de la quinta, en el primer piso, corría todo alrededor una terraza larga y continua, sobre la cual daban las ventanas de la habitacion de Furio; á la izquierda las de la habitacion de Iris, y á la derecha, en el medio, las del padre. Enfrente á la última ventana de Iris, en el ángulo, había cuatro ó cinco macetas y un buen trozo del antepecho estaba cubierto por los últimos pámpanos de una vid plantada en el jardín. Era un rinconcete cubierto todo él de hojas, en el cual jamás penetraba un rayo de luz; una persona hubiera podido esconderse allí sin que fuese vista, ni desde el jardín, ni desde las ventanas.

Furio, una noche que se había subido á acostar, mientras todos los demás se quedaban hablando, se despertó, oprimido por el excesivo calor al cabo de dos horas de sueño, y se puso á la ventana á medio vestir para respirar un poco de aire

fresco de la noche. La noche estaba tranquila y clara como si fuera de día. Los árboles del jardín, iluminados por la luna, se divisaban claramente, hoja por hoja, hasta los más lejanos, como si estuvieran al sol. Furio, al aspecto de aquella espléndida paz del cielo, sintió dentro de su alma una dulce melancolía; miró despacio todo el jardín, los senderos lejanos, las casitas esparcidas, las colinas, luego cruzó sus brazos sobre el antepecho de la ventana, inclinó la cabeza, y así se estuvo un rato.

Cuando se despertó, creyó que sería ya muy tarde y que todos dormirían. Como movido por mano misteriosa, saltó el parapeto y sin pensar en ello echó á andar por la terraza. De pronto se apercibió que estaba cerca de la ventana de la habitación de Iris, le corrió por todo el cuerpo ligero estremecimiento y tuvo miedo. Las ventanas estaban abiertas y el cuarto á oscuras; pensó que ya dormiría, le pareció oír la respiración, sintió que una llamarada se le subía á la cabeza, se dispuso á volver atrás... Le faltó el ánimo; habría podido hacer ruido y despertarla; se hallaba próximo á los tuestos, se sentó y se ocultó. En este momento llegó hasta él un ruido confuso de voces que subían del comedor. Se le heló la sangre. No se habían ido á dormir todavía; en aquel momento iban; estaban dándose las buenas noches; ¿qué hacer? ¿volver á la cama? ¿dejarse descubrir? No,

imposible; quieto allí, y silencio. El corazón le latía fuertemente; al cabo de un minuto oye un paso ligero de persona que sube, se abren dos ó tres puertas, cerrándose una tras otra, según están más cercanas; ahí está la luz; la última puerta se abre, Iris está en su cuarto, pone el candelero sobre la mesa; se asoma á la ventana. Furio detiene la respiración, se oprime con una mano el corazón por miedo de que ella lo sienta palpar; Iris está allí, sobre él; si extiende un brazo, le toca, siente su perfume, en confusión ve la blancura de su vestido.

—¡Oh, por caridad, vete ya!—dice el pobre muchacho para sí.

Iris se quita de la ventana tarareando, calla, vuelve á empezar, vá y viene por el cuarto, se vuelve á aproximar al antepecho, se entra, murmura alguna palabra indistinta...

Entretanto, gracias á un poco de viento que se levanta, los olores del jardín se extienden por el aire. Las hojas de la vid y de las flores hacen mucho ruido, semejante al de animado susurro, tierno, suplicante, el cual parece decir:—Iris, Iris, Iris.—Todo el campo calla y la luna sigue esplendorosa.

Furio permaneció algun tiempo inmóvil con los codos apoyados sobre las rodillas y la cabeza entre las manos. Luego poco á poco sus piernas se relajaron, la cabeza se le inclinó hácia un lado

y cayó extendido sobre el suelo, con la boca hácia arriba y enteramente dormido.

—¡Pero, si será cabeza la mía! ¡Tambien esta noche me he olvidado de cerrar!—dijo Iris y bajó de la cama y se acercó á la ventana.—¡Qué hermoso olor de flores!—exclamó respirando el aire libre, y apoyándose sobre el antepecho. De repente salta hácia atrás, lanzando un grito ligero.—¡Cielos! ¿Qué será eso?—Se vuelve á acercarse á la ventana, tiende la oreja: siente respirar. El valor del miedo la sobrecoje, se asoma con resolucion, mira:

—¡Qué veo! ¡Furio! ¡Que le haya dado un síncope!—Se viste de prisa, sale corriendo y llega al ángulo de la terraza de puntillas, inclinándose para mirar al muchacho. Desde la cintura para arriba estaba iluminado por la luna; tenía los cabellos en desorden, la boca semi-abierta y las mejillas humedecidas aún por las lágrimas.—Duerme,—dijo Iris despues de mirarle atentamente;—parece que ha llorado... Ahora le enjugo las lágrimas y se despierta.—Espacio, espacio, alargó el brazo para cojerle el pañuelo que tenía sujeto contra el pecho con una mano abierta, en ademán del que oprime alguna cosa contra el corazon. Iris se lo cogió, lo miró. ¡Cómo! ¡su pañuelo! ¡el que ella creía haber perdido! Estuvo un momento pensativa y luego exclamó:—¡pero es posible? Así permaneció algunos minutos mirando á

Furio que seguía durmiendo, luego volvió lentamente á su cuarto, se volvió á asomar, volvió á dejar caer su pañuelo y cerró.

Furio se despertó, miró alrededor y de nuevo le pareció que las hojas de la vid y de las flores, agitadas por el viento, le dijesen al oido:—Iris, Iris, Iris.

IVX

XVI.

Para una mujer que hubiera tenido una brizna de cerebro, la escena nocturna hubiera bastado para hacerla comprender todo, y aun poniéndola solo en sospechas la habría inducido á cambiar la manera de tratar al muchacho. Pero Iris era tan ligera, que para ella la curiosidad venció inmediatamente á la prudencia. Y no supo ni reprimir siquiera un sentimiento de complacencia vanidosa, que le surgió del corazón con tanta viveza que la privó de sí misma, y no pudo reflexionar que tal sentimiento era culpable y peligroso.

No era que ella pudiese tomar en serio el amor de Furio; sino que una mujer, cualquiera que sea el que la ame, lo tiene en cuenta; cuanto más Iris que era caprichosa y muy vana.

Y luego que era para ella una ocasión para divertirse; alargarle la mano y verlo enrojecer; apoyar el brazo sobre el suyo y sentir la conmoción; decirle:—¡Querido mio! y ver sus ojos res-

plandecer; tener siempre al lado un muchacho del cual poder hacer lo que se la antojase sin más que una mirada, era cosa amena. Despues, para aquietar la propia conciencia contaba con mil excusas: ¿no era justo querer un poco y demostrárselo á aquel pobre muchacho abandonado y despreciado, y sin embargo tan bueno, tan dulce y ansioso de cariño? No hubiera sido benévola ni cariñosa con él para un fin malo; ni aun hubiera dudado en variar de conducta, si sospechara que le causaba daño; su conciencia no le decía sino que ejercitaba un sentimiento piadoso, de amor maternal, irreprochable; ella para nada tenía que saber lo que aquel pobrecillo sentía por ella; ¿qué había, pues, de extraño en todo esto? Ahora se daba cuenta de aquella extraña timidez, de aquellas turbaciones, temblores y cambios de color.—¡Esto sí que es una gran novedad!—repetía para sí por la mañana, bajando las escaleras.—¡Un niño de catorce años!... ¡Cuñado mio!...—y reía.

XVII.

Aquella mañana, Cándida, apenas se levantó, buscó presurosa á Furio, lo atrajo á un rincón del comedor y le dijo al oído:

—¿Qué hacías anoche sobre la terraza, en el ángulo de las flores?

Furio se conmovió y se puso encendido.

—¡Furio!—exclamó Cándida con afectuosa voz—no vuelvas más.

Furio la miró fingiendo una gran maravilla.

—No vuelvas más, Furio—repitió Cándida bajando la voz.—Hazme caso á mí, atiende á tu hermana que te quiere mucho, prométeme que no volverás más...

—¿Pero dónde?—preguntó Furio bajando la cabeza.

—¡Oh! tú lo comprendes, sabes lo que quiero decir, no me mires de ese modo, haz lo que yo te digo, Furio; no puedo explicarme más... pero tú me entiendes y me quieres bien; no estés tanto

con Iris, ni vayas á pasear con ella, estate aquí conmigo, óyeme...

—¡Calla!—exclamó vivamente el muchacho.

Iris entraba en aquel momento mirando á Furio con ojo intenso y escrutador; y éste, aún todo descompuesto por las palabras de su hermana, la miró á ella de idéntica manera por ver si la noche anterior no se había apercibido de nada. Así estuvieron un poco, mirándose ambos, tanto, que Cándida, perdiendo la paciencia por el poco juicio de su cuñada, exclamó con acento de ligera censura:

—¡Pero Iris!

Le faltó el valor para proseguir, y desapareció.

Iris, sin fijarse en ella siquiera, se acercó lentamente al muchacho, le puso las manos sobre los hombros, retiró un poco hácia atrás la cabeza, y le miró fijamente á los ojos.

Furio, sin reparar los ojos de ella, como si estuviese fascinado, se quitó de los hombros poco á poco aquellas dos manos que le quemaban, y se cubrió la cara con el brazo.

La actitud, la mirada, lo subido del color, habían sido tales, que no había lugar á duda, y por vez primera, que fué también la última, Iris hizo un acto de prudencia; encogió á tiempo la mano que extendía para hacerle una piadosa caricia, y se retiró lentamente y sin volverse.

XVIII.

Al mediodía, Furio estaba sentado á la sombra de un árbol en el jardín, aún completamente conmovido por la escena de la mañana. El sol resplandecía ardentemente, y todo estaba tranquilo. Ni zumbido de cigarra, ni canto de pájaro, ni vuelo de mariposa, ni voz, ni movimiento de cerca ni de lejos; parecía que la Naturaleza dormía. Entonces el campo se anima con una vida fantástica como por la noche. Se oyen sonidos indefinidos como de gritos lejanos y prolongados; soplos, roces, susurros, lejos unas veces, otras en el mismo oído, aquí, allá, no se sabe dónde, por todas partes. Parece que en el aire existe algún sér ó alguna cosa que fluctúa y que se agita, que se acerca ó se aleja, que vuelve y se detiene, para perderse luego. De pronto se oye al lado un zumbido de insecto, pasa y todo calla. Siente uno una conmoción, se vuelve, era una hoja que cayó. Asoma una lagartija por su agujero, se detiene,

parece que está oyendo, luego, como amedrentada de aquel silencio, se vuelve á su nido. El campo tiene un no sé qué de solemne y de triste, como un mar solitario; la cabeza se baja como por fuerza, mientras los ojos entreabiertos vagan por los valles oscuros y los negros recintos que la fantasía lánguida les representa entre los hilos de yerba y los granos de tierra. Furio solo velaba en aquel momento. El viejo empleado dormía en su habitación, echado en el lecho, con la frente llena de sudor y un ir y venir de moscas sobre la nariz; y la tía, abandonada la calceta, se había dormido sobre la silla, derecha, con los brazos cruzados, como un ídolo, y los labios salientes, en actitud despreciativa.

Furio no había visto á Iris hacía más de dos horas, y no sabía dónde estuviera. Se levantó y comenzó á moverse por el jardín. El jardín era vasto, y todo él plantado de árboles apretadísimos como un bosque. El se ponía á mirar á lo lejos por entre los troncos, por si por alguna parte blanqueaba un vestido de mujer, cuando se fijó su mirada en algunas hojas de rosa esparcidas sobre la yerba. Después de aquellas, un poco más allá, había otras, y poco á poco se distinguían otras y otras hasta perderse de vista, formando una larga faja de color. Furio siguió aquella senda, siguió adelante, derecho primero, luego volvió á la derecha, luego á la izquierda, giró, volvió á vol-

ver, hasta llegar casi hasta el extremo del jardín; de pronto se acabaron las hojas, volvió los ojos alrededor y dió una voz de sorpresa. Iris, extendida sobre la yerba á los piés de un árbol, dormía.

No dormía, fingía dormir.

Furio se quedó mirándola con la boca abierta, separado unos siete ú ocho pasos. Estaba vestida de blanco, que se destacaba sobre el verde oscuro, como un cisne sobre la orilla cubierta de verde de un lago; tendida como sobre un lecho, con un brazo desnudo plegado bajo la cabeza, el otro extendido á lo largo del cuerpo, y un pié enteramente descubierto. La cara la tenía vuelta hácia donde Furio estaba, y su lábio inferior, un poco caído, descubría sus pequeños dientes, blancos y unidos. El volúmen de las trenzas recogidas, parecía que iba á desatarse, extendiéndose todo alrededor en ondas de oro. Su respiracion era frecuente, tenía los ojos entreabiertos y fijos, como ocurre á muchos durmiendo, y las mejillas color de rosa viva.

Furio la miraba con ojos desencajados y las manos en actitud de maravillarse. Jamás había visto dormir á una mujer, notando por primera vez la gracia más saliente y más blanda que el sueño dá á las formas femeninas, y la expresion infantil de aquella hermosa cara inmóvil.

Temblóle el corazon; por todo su cuerpo corrió como una chispa, extendiéndose como una niebla entre Iris y sus ojos.

—Aquí, aquí está—murmuraba con los labios temblorosos y con los ojos húmedos.—Iris, mi buena Iris, que me quiere bien, que me protege y vive siempre conmigo, haciéndome pasar tantas horas contento; la que juntamente me compadece y me perdona... yo, de este modo, que ni aun soy digno de estar á su lado, y ella tan hermosa... Ahí está... Iris, duerme, yo te guardo; ¡eres tan hermosa! eres mi ángel; te quiero tanto, que no sé lo que haría por tí, mira; estoy contento; besaría la huella de tus piés, querida Iris.

Sacó á escape el pañuelo, y le besó diez ó doce veces ávidamente.

—Duerme, no despiertes, Iris; yo te guardo, siempre estaré aquí para guardarte. Corrió á un rosal cercano, arrancó muchas rosas y las arrojó á sus piés.

—Toma, te cubro de flores, tú debes dormir en medio de las rosas, tú, que eres tan bella.

Se arrodilló á sus piés y dos ó tres veces la besó el vestido, y continuó diciendo para sí: ¡Querida Iris! ¡hermosa mia, mi buena Iris! Iris se movió; Furio se puso en pié y con el rostro encendido. Ella seguía fingiendo dormir; pero al moverse se había desenvuelto de una especie de mantilla, de la cual parte quedaba extendida debajo y parte la envolvía el seno. Furio se hizo atrás ante aquella vista, con los ojos fijos en ella; se pasó una mano por la frente, se echó hácia atrás

los cabellos con un movimiento de cabeza, y luego salió corriendo á través de los campos. Iba como si le persiguieran, parecía que el terreno se hiciera elástico para darle impulso, devoraba el camino: llegó á un foso, cayó, se mojó, salió agarrándose á los matorrales y subió arriba hasta la cima, y luego por la otra parte, abajo dando larguísimos saltos, seguido por las piedras que empujadas resbalaban, machacando plantas y destrozando surcos, llenando el valle silencioso de gritos: — ¡Ánimo! — ¡Allá! — ¡Así! — ¡Valor! — Y hélo allí en el fondo, tendido por tierra, sin fuerzas, mirando al cielo y con la mente perdida en cierta embriaguez fantástica, como si hubiera sido precipitado en el fondo de un abismo...

XIX.

Desde aquel día Furio vivía en un estado de exaltación continua. La nueva actitud de Iris, algo ménos alegre que antes, pero más afectuosa, y como siempre ocupada por un pensamiento, no pudiéndolo atribuir á simple sentimiento de solitud y de piedad, porque no creía haberse dejado descubrir, lo tomaba como señal de un principio de cariño igual al suyo, y esta idea le ponía fuera de juicio. Hasta entonces el no tener esperanza alguna, ni aun remota, de correspondencia; la certeza de no ser mirado mas que como un muchachuelo, deseado más bien por distracción como juguete; aquella misma manera que Iris tenía con él, ligera y sin norte, había bastado para enfrenarlo manteniéndole algo tranquilo, y obligándole á hacer algunos esfuerzos para disimular lo que sentía. Pero ahora ya aquella esperanza que su ardiente deseo mudaba fácilmente en certeza le ponía fuera de sí; se sen-

tía lanzado del golpe de la infancia á la juventud; se sentía hombre, ardiente, fiero, tempestuoso; se agitaba, iba y venía, corría, buscaba á Iris, huía de ella, volvía repentinamente á buscarla, andaba á su alrededor tembloroso, su mirada le exaltaba, la devoraba con los ojos sin proferir palabra, de noche no hallaba reposo: prorumpía en exclamaciones, sufría y lloraba.

A la orilla del lago, en medio de un grupo de árboles, había una estatua de piedra ennegrecida y cubierta de musgo, que representaba una mujer dormida, en posición semejante á la de Iris al pié del árbol el día que la encontró Furio.

Estaba apoyada sobre un pedestal; pero habiendo tenido que levantar el terreno alrededor del agua, el pedestal había desaparecido bajo la tierra nueva. Dos ó tres veces, al anochecer, cuando estaba más agitado, fué á tenderse sobre la yerba, Furio, al lado de aquella estatua, frente á ella, permaneciendo largo rato mirándola y fingiendo con su imaginación que estaba viva; que era suya y que llevaba el nombre más querido para él: ¡extravagancias que aun con más años suelen hacerse!

Cándida lo penetraba todo; había notado la creciente inquietud de su hermano; sospechó que Iris hubiese cometido alguna imprudencia y resolvió impedir á toda costa que la cosa fuese á peor. En aquella sazón la tía recibió una carta

que anunciaba para dentro de dos días la llegada de su sobrino Carlos, el marido de Iris. Cándida se turbó al saber la noticia. Carlos, sospechoso de suyo, era imposible que no lo advirtiera todo.— Y luego con las formas duras y violentas suyas ¡quién puede pensar lo que ocurriría! Por esto se puso á pensar una ocasión de hallarse á solas con Furio durante un rato, para poderle hablar extensamente y con seriedad. Pero Furio, apercebido, siempre que ella lograba entrecojerlo, se deslizaba é iba á esconder su «casta púrpura» en algun rincón solitario.

XX.

La noche siguiente, ya casi oscuro del todo, despues de haber esperado inútilmente Furio que Iris bajase de su cuarto, salió de casa yendo á sentarse delante de la estatua. Dos horas antes, encontrándole en la escalera, Iris le había cogido la barba entre sus dedos, diciéndole:—¿Qué tal vá, pequeñuelo?—Y él, sin darse cuenta, llegado abajo, se tiraba de los pelos con ambas manos, con gran fúria, como si sintiera necesidad de desahogarse.

—¡Iris!—decía á la estatua con voz apagada, como si estuviera soñando—no puedo más... te quiero demasiado; ¡si supieras lo que por tí sufro! Sería tu servidor, mira; iría á ponerme á tus pies cuando subes al carruaje. Si me dijeran:—córta-te un dedo, y entonces Iris te querrá—me haría cortar el dedo y siempre estaría á tu lado. ¡Querida mia! tus ojos grandes y hermosos, tus cabellos rubios y tu bondad...—Y luego, despues de

haber pensado un momento:—¡Qué hermosa señora! Si siempre pudiera verte, me pasaría la vida en una prision. Pero tú te marcharás, y ya no habrá más Iris. ¡Oh, Dios, y qué haré yo cuando se haya ido Iris! ¡Quedaré solo! ¡Pero es imposible que yo permanezca solo! No puedo... muerdo de melancolía estando solo. ¡Oh, no por Dios; Iris, no te vayas, no me dejes solo!

Casi llorando abrazaba el cuello de la estatua y dejaba caer abandonada su cabeza sobre la espalda. De improviso sintió dos manos por entre sus cabellos, y vislumbró una cosa blanca. Se puso en pié, se hizo atrás, vió á Iris sentada, lanzó un grito, cayó de rodillas, y sintió que le estrechaba su cuello...—¡Iris, Iris!—exclamó en voz baja y ansiosa—no, oye, por caridad, no te burles, soy un pobre muchacho, no tengo á nadie más que á tí, te amo, tú no lo sabes, ángel mio, te adoro, por caridad, Iris...—Sintió que tiraba de su cabeza hasta apoyarla sobre las rodillas, la vió inclinar la cara, sintió un perfume, su hálito ardiente, sus labios.—¡Dios mio!—murmuró con voz apagada; y Iris, el cielo, el lago, los árboles ondearon, se confundieron hasta desaparecer, y él quedó sin vida.

XXI.

A la mañana siguiente, Cándida, que hacía dos días sufría de un fuerte dolor de muelas, y había resuelto librarse de él á toda costa, debía ir con su padre á la ciudad.

Riconovaldo la encontró en la escalera, cuando bajaba ya para irse, y la cogió de una mano.

—Dejadme en paz—dijo Cándida tratando de desasirse.

Riconovaldo la cogió á la fuerza la otra mano.

—Dejadme—repitió la muchacha con más severidad.

El jóven trató de cruzarla los brazos.

—¡Dejadme, Riconovaldo!—gritó por tercera vez, poniéndose pálida y levantando la cabeza con fiereza.

El jóven la dejó ir, esforzándose por reir; pero un impetuoso sentimiento de despecho y de rábida le ofuscó la razon y dijo con voz sofocada:

—¡Estúpida!—Luego, huyó abrumado por la vergüenza.

XXII.

A eso de las ocho debían llegar de la ciudad, Cándida, su padre y el hermano Cárlos. A Iris, para procurarla el placer de la sorpresa, no le habían dicho nada de la llegada de su marido. Ni Furio sabía nada tampoco; á las seis le había mandado su tía llevar una carta á una quinta cercana, y de vuelta, debía encontrar en casa, sin saberlo, á su hermano.

Riconovaldo, por la noche, paseaba por el jardín desconcertado y triste. En su vida había sufrido humillacion semejante á la que Cándida le había inferido hacía poco y en los días anteriores, á todas horas, á cada minuto, sin remision, con dureza y despiadadamente. No cabía lugar á duda, le había parecido un estúpido, un necio, un presuntuoso é insolente muchacho: lo que era, en una palabra. Ya él lo había comprendido así; había nacido con alma por equivocacion; aquella muchacha había dicho la verdad; los amigos, rién-